

Juan Manuel de Prada  
**El derecho a soñar**

VIDA Y OBRA DE  
ANA MARÍA MARTÍNEZ SAGI  
**VOLUMEN I**



*Juan Manuel de Prada*

# EL DERECHO A SOÑAR

*VIDA Y OBRA DE  
ANA MARÍA MARTÍNEZ SAGI*

**I**

  
ESPASA

ESTA OBRA OBTUVO EN 2019  
UNA AYUDA PARA ACTIVIDADES LITERARIAS  
(MODALIDAD INVESTIGACIÓN) CONCEDIDA  
POR LA GENERALITAT DE CATALUÑA

*El derecho a soñar: Vida y obra de Ana María Martínez Sagi* fue presentada como tesis doctoral, bajo la dirección de Gonzalo Santonja y Jaime Olmedo, en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, y defendida ante un tribunal formado por los profesores José Ignacio Díez Fernández (presidente), Luis Alberto de Cuenca, Mariàngela Vilallonga, Anna Caballé y María Dolores Romero (secretaria), obteniendo la calificación de sobresaliente *cum laude*.

© Juan Manuel de Prada, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.espasa.es](http://www.espasa.es)

Diseño de cubierta y maquetación: Equipo Renacimiento

Imágenes de cubierta e interior: Archivo del autor

DEPÓSITO LEGAL: B. 15.376-2022

ISBN: 978-84-670-6768-2

Impreso en España • *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S.A.



El papel utilizado en la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

---

---

# I

1907 - 1922

## 1.1. Nacimiento de Ana María Martínez Sagi

Y PARA EMPEZAR a contar documentadamente la vida de Ana María Martínez Sagi nada mejor que acudir al Registro Civil.<sup>13</sup> A las diez de la mañana del 18 de febrero de 1907, José Martínez Tatxé, de treinta y cinco años de edad, natural de Barcelona, comerciante de profesión, domiciliado en la barcelonesa calle de Bailén, número 33, inscribe a una niña nacida apenas dos días antes, a las ocho de la tarde del 16 de febrero, en el hogar familiar, hija legítima suya y de Consuelo Sagi Barba, su esposa, también natural de Barcelona y diez años más joven que él. Y, según declara José Martínez Tatxé ante el juez municipal, el deseo de los padres es bautizar a la niña recién nacida con los nombres de «Ana Francisca María» (finalmente, el segundo se perdería en el limbo), que curiosamente no corresponden con los nombres de las santas del día, ni tampoco con los nombres de su madre y abuelas. La abuela paterna de Ana María se llama Josefa Tatxé, para entonces viuda y seguramente inspiradora del nombre de la primogénita del matrimonio Martínez Sagi, María Josefa. Y Eugenia Barba se llama la abuela materna, que además de madre de Consuelo lo es también de una celebridad, el barítono Emilio Sagi Barba, un aplaudido intérprete de zarzuela de la época, que había estrenado algunos de los éxitos más resonantes del género chico, entre otros *La del Soto del Parral*, con música de los maestros Soutullo y Vert, o *Luisa Fernanda*, con música de Moreno Torroba. Este Emilio Sagi Barba, casado en primeras nupcias con la bailarina Concepción Liñán, era padre de quien llegaría a convertirse durante los años veinte en una de las principales figuras del Fútbol Club Barcelona, Emilio Sagi Liñán (designado siempre, sin embargo, como Sagi-Barba en las crónicas deportivas), alineado junto a Samitier, Alcántara o Zamora. De un matrimonio posterior de Emilio Sagi Barba con la soprano valenciana Luisa Vela nacería el también ilustre barítono Luis Sagi Vela.

Música y deporte, pues, íntimamente entrelazados en una familia de la ascendente burguesía barcelonesa, que había abandonado el Barrio Gótico con la reciente ampliación de la ciudad fuera de las murallas, para instalarse en la Dreta de l'Eixample, convertido en el barrio más distinguido de la ciudad, con edificios neoclásicos y modernistas de portales como templos y residencias muy espaciosas. En una de estas residencias de la calle Bailén nace Ana María, tercera de una prole formada por cuatro hermanos. Allá por los años cuarenta, Ana María probará a reconstruir imaginativamente los primeros años de su infancia en una serie de estampas muy sugestivas anotadas en un cuaderno rayado, de marca Lutèce (adquirido, indudablemente, durante su estancia en Francia), que se hallaba entre las carpetas con textos inéditos que nos entregó en la residencia de Santpedor. El texto del *Cuaderno Lutèce* se inicia con una frase poco halagüeña: «Cuando mis ojos redondos se abrieron a la luz, vislumbraron de súbito una hilera de rostros compungidos y feos». <sup>14</sup> Las primas esmirriadas, las tías bigotudas, la madre pálida y desfalleciente, toda esta muchedumbre familiar se une en un coro lastimero al descubrir que la criatura que acaba de abandonar el claustro materno es una niña. Abajo, en la calle, se celebra el carnaval; pero en Bailén 33 sólo se escuchan lamentaciones: «¡Una niña, Santo Dios, una niña, en lugar del varón ansiosamente esperado! ¿Cómo había permitido Dios semejante contrariedad? ¿Por qué no se dignó atender sus súplicas fervientes, destruyendo así la confianza ilimitada que en sus ruegos habían puesto? ¿Y las misas celebradas? ¿Y las velas a Santa Rita? ¿Y la trabajosa ascensión hasta el monasterio de la Virgen de Nuria?» <sup>15</sup>

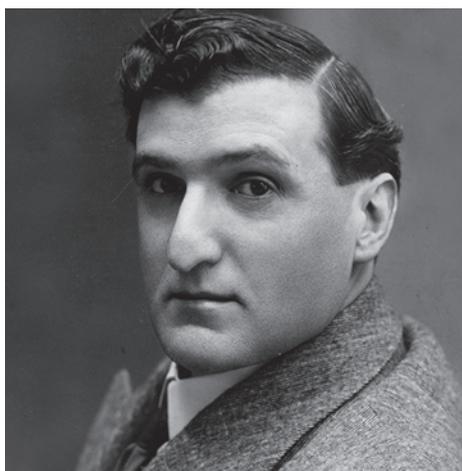
La reconstrucción de la escena es, desde luego, esperpéntica y poco probable; pero «dramatiza» una convicción muy arraigada de Ana María. Según nos contó durante nuestras conversaciones en Moirà, cuando aún era muy niña descubrió en los cajones de una cómoda un gorro de marinerito con el nombre de «Alejandro» bordado con letras doradas. Y su hermano Armando, algunos años mayor que ella,\* le habría revelado entonces que en la familia todos esperaban que Ana María hubiese sido también varón. ¿Ocurriría así en realidad, o debemos entender este

\* Aunque las biografías oficiales de Armando Martínez Sagi (así, por ejemplo, la que divulga el Fútbol Club Barcelona) afirman que nació en 1906, su nieta Elisabeth Vandromme considera esta fecha harto improbable, puesto que su abuela, Ana María Carreras Farran, nacida en 1901, siempre le dijo que eran de la misma edad. La boda de Armando y Ana María Carreras, ade-

más, se celebra el 28 de abril de 1924, fecha en la que, si aceptamos la cronología de las biografías oficiales, Armando apenas tendría dieciocho años recién cumplidos, frente a los veintitrés de su esposa. Si Armando hubiese nacido, como parece, en 1901, todos los *records* de precocidad futbolística que se le atribuyen deberían ser considerados apócrifos.

Consuelo Sagi Barba  
y José Martínez Tatxé,  
padres de Ana María

El célebre baritono Emilio  
Sagi Barba, tío de Ana María



episodio del gorro de marinerito como una elaboración posterior de Ana María, justificativa del odio acérrimo que siempre profesó a la madre? Sea como fuere, este sentimiento (al parecer, efusivamente correspondido por doña Consuelo) fue un insidioso huésped en el corazón de Ana María que nunca dejó de acompañarla mientras vivió, ni siquiera cuando la destinataria de ese odio ya había fallecido. En el *Cuaderno Lutèce* se pueden rastrear los orígenes de pasión tan enconada. En cierto pasaje, por ejemplo, se describe un conciliábulo secreto de los progenitores de Ana María, que conversan sobre el suceso aciago de su nacimiento: «No puede una fiarse de nadie», se queja amargamente doña Consuelo. Y el padre, abrumado por la parte de responsabilidad que le incumbe en el desastre, bisbisea: «No lo tomes así. Piensa que se te puede cortar la leche». Los paños calientes e intentos de contemporización del padre no logran sino soliviantar más a la enojada doña

Consuelo: «Eres un hombre sin carácter, te resignas con una facilidad irritante». Y, ante el silencio contrito o humillado del marido, la pulla acusadora: «Tú eras el más testarudo. Hemos carecido de sentido común y de juicio».<sup>16</sup>

¿Fue Ana María una hija no deseada, fruto del fallo de algún remedio anti-conceptivo recomendado por el médico de confianza de la familia, como se sugiere en este pasaje? Puede tratarse, desde luego, de una lucubración especiosa de Ana María; pero resulta todavía menos creíble que la decepción la causara la expectativa de los padres de incorporar un hijo varón a su prole. Aunque María José, la primogénita (nacida en 1899) era una mujer, el varón Armando ya garantizaba la continuidad del negocio familiar, una fábrica textil de mediano tamaño. Y habrían de pasar siete años más, hasta 1914, para que naciese otra niña, Berta, la benjamina, que –a diferencia de Ana María– se convertirá en el ojito derecho de su madre.<sup>17</sup> Tal vez, en esos siete años transcurridos entre los nacimientos de Ana María y Berta, el matrimonio pudo volver a acoger alborozado la crianza de una niña; tal vez la propia relación conyugal se hallase en otro paisaje anímico más propicio que llegaría a convertir a Berta en la predilecta de doña Consuelo, quien por el contrario siempre destinó a Ana María sus desdenes, por descubrir en ella un carácter en todo antípoda y refractario del suyo, y muy difícilmente moldeable (por contraste con el carácter de Berta, que enseguida se mostraría muy dúctil y obediente). Nunca podremos saber a ciencia cierta si Ana María fue una hija indeseada o siquiera intempestiva, ni la causa de esa intempestividad. Pero, en cualquier caso, siempre se sintió detestada por su madre y como expulsada de su seno; y este sentimiento de rechazo provocaría en Ana María (como en tantas otras personas ocurre, a modo de mecanismo de defensa) un ansia de maternidad que sus trágicas circunstancias vitales no harían sino tornar más imperiosa y desaforada. El cariño materno que Ana María no había recibido queurrá luego volcarlo, redoblado, sobre un hijo nacido de sus entrañas, para cegar aquella fuente de dolor perenne que simbolizaba doña Consuelo. Así, el ansia de maternidad se convertirá en una terca obsesión durante toda su vida.

## 1.2. Un retrato feroz de la madre, doña Consuelo Sagi Barba

SI HACEMOS caso de la etopeya que Ana María traza de su madre en el *Cuaderno Lutèce*, habría que concluir que doña Consuelo era una mujer, más que tradicional, retrógrada. Enseguida ordena a las criadas de la casa que envuelvan

a la recién nacida con una faja de felpa atroz, una falda de piqué, un babero y un gorrito de encaje, tal como la vistieron a ella, y antes a su madre, y a su abuela, y a su bisabuela, y a todas las mujeres de la familia.<sup>18</sup> También la dibuja Ana María como una mujer veleidosa y tiquismiquis, depresiva o al menos abúlica, que se queda muchos días en la cama; y que, las pocas veces que consiente en comer con el resto de la familia, acude a la mesa ensimismada y con los ojos enrojecidos de rabia o despecho, hasta conseguir que su marido le haga mimos o le traiga regalos o la lleve de viaje de recreo, «para cambiarle las ideas»<sup>19</sup> y conseguir que se distraiga. Es doña Consuelo, además –siempre según el relato de Ana María–, una mujer altiva, muy pagada de su belleza y de su «empaque majestuoso», y sobre todo clasi-sista, que constantemente veja y desprecia a las mujeres de la servidumbre, prohibiendo que sus hijos tengan trato con las niñas de un orfanato regentado por las Hermanitas de los Pobres, con las que Ana María coincide en el parque, pues «esas pobres desgraciadas suelen tener piojos».<sup>20</sup> Y cuando las criadas le aseguran que las monjas tienen muy requetelimpas a las huérfanas, doña Consuelo corta en seco la conversación, diciendo: «¡Aténganse a lo que he dicho!».<sup>21</sup> Cuando doña Consuelo levanta la voz, cuando «con un gesto del brazo hace como si cortara un hilo invisible –escribe Ana María en el *Cuaderno Lutèce*–, clavándole a una en los ojos los suyos que fulgen a veces como el papel que envuelve el chocolate, se queda una fría, sin ganas de hablar y con la garganta apretada».

Todavía más feroz, aunque también más jocoso, es el retrato que Ana María hace de su madre en *Andanzas de la memoria*, donde dedica a vituperarla un capítulo entero ambientado en Sentmenat, un pueblo de la comarca del Vallés Occidental donde la familia suele veranear:<sup>22</sup>

—¡Porque así lo mando yo!

Este es el razonamiento contundente, el fallo inapelable que, invariablemente, restallaba como un látigo en la boca de mi madre.

¿Por qué levantarse a las siete de la mañana, puesto que estamos de vacaciones, no tenemos deberes escolares y dormiríamos como benditos, por lo menos tres horas más? ¿Por qué llevar calcetines blancos, mugrientos nada más puestos, cuando preferiríamos andar con las piernas desnudas? ¿Por qué ponernos esos delantales delicados de popelina de seda, que ensuciamos por montones, cuando no los dejamos hechos trizas en las altas ramas de los pinos? ¿Por qué comer la *escudella* grasienta, que nos produce náuseas, y prohibirnos las habas y las alcachofas crudas, que nos rechiflan? ¿Por qué, en llegando el domingo, nos obligan a tocarnos con unas pamelas

ridículas para ir a misa, a ponernos guantes que el sudor nos pega a las manos y a coger misales y rosarios que nos dejamos olvidados en todos los bancos? ¿Por qué aprender a ejecutar esos execrables encajes de bolillos, cuando ya todas las mujeres los usan fabricados a máquina? ¿Por qué le parece grotesco que cabalguemos el rucio de Quico? ¿Por qué nos manda ir a confesar todos los sábados, cuando por más que nos despeitemos la sesera, no hallamos qué decirle al vicario del pueblo? ¿Por qué nos prohíbe terminantemente ir a charlar con doña Filomena, nuestra vecina, que viajó por las Américas y tiene unos estupendos abanicos de concha con plumas de avestruz, una hamaca de seda trenzada, un papagayo deslumbrante y una colección inagotable de historias; mientras, por el contrario, nos obliga a visitar a la esposa del juez, chismosa mujer de fétido aliento y pinta de rumiante que, aparte un fabuloso viaje que hizo a la capital de su provincia, no conoce más horizonte que el que se vislumbra tras el campo de coles de su huerta? ¿Por qué?

—¡Porque así lo mando yo!

Esta mandona insomne y recalcitrante no se conforma con mandar en casa, sobre el marido y los hijos, sobre las criadas y las tías solteronas que ha convertido en niñeras. También quiere mandar sobre las vecinas, sobre las monjas del colegio de Saint Joseph de Cluny (donde pronto Ana María estudiará), sobre el párroco, sobre las asociaciones de beneficencia con las que colabora, «y hasta sobre el Cid Campeador, si resucitara»; y a todos, además, los veja y escarnece en cuanto se le presenta la ocasión. O así, al menos, lo afirma Ana María, que remata la filípica:<sup>23</sup>

Tiránica, sí. Injusta. Sádicamente cruel. ¿Qué fuerzas oscuras la incitan? ¿De qué bárbaro y cobarde antepasado ha heredado el instinto de gozar del humillado, del esclavo sufrido e indefenso? Sin piedad para el caído, sin misericordia para el pecador, sin amor para sus hijos, sin freno para acusar y condenar irremisiblemente. Llevada siempre por la pasión, la intransigencia, la ira, el desprecio...

¿Qué le contará ella a Dios, a ese Dios de misericordia y de amor al que diariamente rinde visita en las iglesias y cuya imagen preside hasta nuestras comidas? ¡Misterio!

Sabemos, en cambio, lo que le espetaba a Ana María, cada vez que la escuchaba reír por algún motivo que a doña Consuelo le parecía absurdo o incomprensible o de escaso gusto: «Niña ¿por qué te ríes?». Esta pregunta, que sonaría como un reproche, se convierte en un *ritornello* en los labios de doña Consuelo, que de

este modo trata de cohibir el desparpajo risueño de la hija que, poco a poco, se irá revelando levantisca y poco femenina (al menos, conforme a los cánones de feminidad que promueve doña Consuelo). Muchos años después, en un poema titulado «En la edad de oro»,<sup>24</sup> Ana María recordará el empeño un tanto maligno y obcecado de su madre por amputarle la sonrisa de los labios:

Cuando pequeña reía siempre.  
¡Oh mi risa blanca!  
Risa de cristal, luz de domingo,  
¡campanita de plata!  
Trino, gorjeo, arpegio,  
sutil serenata  
de mis años ingenuos y sencillos,  
vestidos de pureza y de fragancia.  
Era entonces mi vida  
como un maravilloso cuento de hadas;  
y el pensar, un leve  
batir de alas.  
Todas las horas eran  
tranquilas y plácidas.  
–Gotas de azul  
en el lago terso de mi alma–.  
¡Oh mi risa fresca,  
la risa de mis días siempre en calma!  
¡Ascuas de oro  
que todo lo iluminaba!  
«Niña, ¿por qué te ríes?»  
–gritaban las voces malas–.  
Voces duras, impacientes  
por verme triste y cansada.  
«Niña, ¿por qué te ríes  
con esta risa tan blanca?».  
–Me río porque soy buena,  
porque nada enturbia mis pupilas claras,  
porque soy serena y luminosa y pura,  
y llena de gracia.

Porque el cielo tiene una túnica azul,  
y son sonrientes todas las mañanas;  
porque amo la voz majestuosa del viento,  
y entiendo el murmullo del agua.  
Porque el campo produce sin tregua,  
y hay flores y frutos en todas las ramas;  
porque el sol vivifica mi sangre,  
y la luna me viste de nácar,  
y la brisa perfuma mi carne,  
y el arroyo acaricia mis plantas.  
¡Me río porque soy fuerte,  
porque soy fuerte, y soy limpia, y soy casta!  
«¡Niña –gritaban las voces–,  
niña, te ríes por nada!».  
¡Risa de cristal, luz de domingo,  
campanita de plata!

Aquellas voces malas que querían cercenar su risa infantil se volverían aún más duras e impacientes durante su juventud –pronto doña Consuelo encontraría en la benjamina Berta su natural prolongación y su mejor compinche–, hasta confluir en un episodio desgarrador que sellará la definitiva ruptura de Ana María con su familia. Pero no adelantemos acontecimientos.

### 1.3. Y un retrato benigno del padre, don José Martínez Tatxé

TODO el rechazo y la animadversión que le provoca la madre tiránica que trata de inculcarle códigos burgueses, para convertirla en una joven casadera, se convierten en afecto y veneración hacia el padre. José Martínez Tatxé, diez años mayor que doña Consuelo, lleva en las venas algo de sangre francesa y ha logrado afianzarse como empresario textil especializado en tejidos de estilo inglés. Ana María lo recordaba con nostalgia y legítimo orgullo, siempre prudente y diplomático (por no pisar a doña Consuelo algún callo que le hiciese poner el grito en el cielo), siempre «embabiecado con ella, como el primer día en que la conoció»<sup>25</sup> (así, con este curioso participio de estirpe cervantina que podríamos traducir como «embelesado», se refiere Ana María a la devoción conyugal, tal vez un poco

excesivamente sumisa, de su padre). Gran entusiasta y promotor de los deportes, Martínez Tatxé es amigo personal de Joan Gamper, el fundador del Fútbol Club Barcelona, bajo cuya presidencia será tesorero, entre los años 1917 y 1919. En el *Cuaderno Lutèce*, Ana María lo evoca con honda simpatía y algo de lástima (por su sometimiento a doña Consuelo), siempre cariñoso y lleno de buen juicio, siempre desviviéndose por ayudar a sus obreros cuando les sobreviene alguna desgracia, socorriéndolos con víveres o con alguna paga adicional. También lo recuerda muy relimpio, atildado y presumido: «Cuando viene a casa al atardecer –escribe Ana María–, después de inspeccionar sus fábricas, no se olvida jamás de entrar primero en el cuarto de baño, para lavarse cuidadosamente las manos y echarse unas gotas de loción perfumada y peinarse con esmero los escasos cabellos que le quedan. Luego, invariablemente, se acerca a mí, me besa en la frente con un beso que me cosquillea la piel a causa de su bigotillo rizado y me hace muchos mimos, hablándome quedo con voz tierna y amable».<sup>26</sup>

Y no sólo dedica arrumacos a los hijos, sino también a su esposa: «Cuando llega de la calle –añade Ana María, que no pierde ocasión de zaherir a doña Consuelo–, le acaricia a menudo la mejilla o el cogote».<sup>27</sup> Pero doña Consuelo no responde con el mismo afecto, sino que se aparta con un gesto hosco, como si la picara un insecto, y mira a su marido con ojos fríos y distantes. En su afán por agradarla y rescatarla de estos raptos de acedia o periódicas depresiones, Martínez Tatxé, además de programar a cada poco viajes de recreo que endulcen los días de su antojadiza esposa, organiza largos veraneos en lugares variopintos de la geografía catalana –desde Tossa de Mar, en la Costa Brava, hasta el mencionado Sentmenat, que llegó a convertirse en el destino predilecto de Ana María–, adonde la familia se traslada siempre acompañada por un séquito de criadas, para que doña Consuelo no tenga que desgastarse en el cuidado de los niños o en enojosas labores domésticas y pueda dedicarse a lo que mejor se le da, que es mandar y mangonear al servicio y a la prole, asignando a cada cual las tareas que debe hacer para complacerla.

Pero no sólo doña Consuelo es beneficiaria de la solicitud del cabeza de familia, que reparte desvelos y complicidades entre todos los que se le acercan, con una especial predilección hacia Ana María, tal vez por acallar algún residuo de mala conciencia que aún lo reconcome por dentro, al recordar que es una niña cuyo nacimiento no ha sido deseado. Así, por ejemplo, se preocupa de llevarla todos los años al balneario de Vallfogona de Riucorb, en Tarragona, cuyas aguas estaban recomendadas para las afecciones de garganta, pues Ana María padece

de las anginas y desde niña se recuerda moqueando y tosiendo sin parar, aspirando vahos de eucalipto y con una telaraña sutil en la garganta que la impide respirar.<sup>28</sup> También, cuando crezca, será el encargado de pagarle la cuota de socia de los clubes selectos donde practique deporte. Y, en general, José Martínez Tatxé se convertirá en la tabla de salvación a la que Ana María se agarrará denodadamente, cada vez que arrecien las tempestades maternas. Su fallecimiento prematuro la dejará desguarnecida y será la antesala o preámbulo de la ruptura familiar.

#### 1.4. Los hermanos de Ana María

Y ESTABAN también los hermanos mayores de Ana María, María Josefa y Armando. Los tres aparecen juntos, precedidos por sus padres, como donantes en una suscripción organizada por *El Heraldo de Madrid* a favor de las víctimas del horrendo terremoto de Mesina y Reggio, que el 28 de diciembre de 1908 dejó estas dos ciudades de Sicilia y Calabria por completo destruidas, provocando una hecatombe de más de cien mil personas. En la suscripción de *El Heraldo*, cada uno de los cinco miembros de la familia aporta una peseta.<sup>29</sup> Así sabemos que Ana María –para entonces de apenas dos años– es designada familiarmente «Anita», lo mismo que su hermana María Josefa es conocida como «Pepita» (más adelante, cuando crezca, la llamarán «Mari Pepa»). La primogénita Pepita, que aventaja a Ana María en siete años, será vista siempre por nuestra protagonista con desapego y displicencia, aunque desde luego nunca la incluya en el núcleo irradiador de malignidad que integran doña Consuelo y la benjamina Berta. A los ojos de Ana María, su hermana mayor es –así la describe en el *Cuaderno Lutèce*– «una criatura dócil, paciente, silenciosa, bastante insignificante».<sup>30</sup> Se queda como abstraída durante largo rato, contemplando las cosas con ojos bobalicones, mientras se hurga la nariz concienzudamente o manosea las trenzas raquílicas que le cuelgan a uno y otro lado del rostro. «No la he oído nunca llorar –afirma Ana María con cierta malevolencia–, ni quejarse, ni decir más allá de tres o cuatro palabras». Jamás juega ni alborota, jamás se atreve a contradecir a su madre, que la ha sojuzgado desde muy niña y le ha impuesto la práctica del piano, tal vez para que el apellido Sagi siga brindando a la historia de la música nombres ilustres, en la estela del celeberrimo tío Emilio, que por aquellos años estaba en la cúspide de su fama.



Ana María a los cinco años



María Josefa Martínez Sagi

Mari Pepa no alcanzará, desde luego, el renombre de su tío barítono; pero llegará a ser una considerable pianista,<sup>31</sup> gracias en parte al empeño de doña Consuelo, que la obliga a ejercitarse sin descanso ante el teclado. «Sentada muy formalita delante del piano –escribe una displicente Ana María–, ejercita durante horas una serie ininterrumpida de escalas y arpegios, sin manifestar el más leve cansancio. Cuando trabaja sus ejercicios, que son seguramente de una gran dificultad, inclina la cabeza sobre el teclado, y sus trenzas lo recorren de arriba abajo, como dos anguilas alocadas».<sup>32</sup> Todas las semanas, coincidiendo con la visita de la abuela materna, doña Eugenia, a la casa de la calle Bailén, Mari Pepa ejecuta ante ella los últimos ejercicios de piano aprendidos; y la abuela la escucha con suma atención y le augura un gran porvenir como pianista. «A mi hermana –observa Ana María– no parece entusiasmarla mucho esta predicción, pero como es tan reservada y poco expresiva es difícil saber lo que siente en realidad».<sup>33</sup> Andando el tiempo, Mari Pepa no será, como pretendía la abuela, una pianista virtuosa, tal vez porque la crianza de sus dos hijos no le permite la dedicación exclusiva que exige este menester; pero vivirá una existencia bastante ajetreada de paisajes que su carácter apocado no vislumbra todavía.

Precisamente ese carácter tan antípoda del que Ana María exhiba desde la infancia hará difícil que las hermanas congenien, aunque siempre se vayan a tolerar recíprocamente. Más acorde con el carácter de Ana María es el de su hermano Armando, algo mayor que ella y como ella travieso, propenso a fantasear y devoto del deporte. En *Andanzas de la memoria*, Ana María lo retrata como un «negro gato montés, salvaje y fascinante»,<sup>34</sup> compañero de juegos durante los largos veraneos en Sentmenat, donde los niños pueden dedicarse alegremente a sus juegos y expansiones, pues doña Consuelo no les presta demasiada atención (o bien se halla en alguna clínica, a orillas del mar, reponiéndose de su acedia, o cultivándola para que no decaiga) y el padre, retenido por sus fábricas textiles, sólo aparece por allí los fines de semana.

A los dos hermanos les gustaba subir al desván de la casa que su padre alquilaba cada verano, una vivienda modernista de gran prestancia arquitectónica (hoy incluida en el inventario del Patrimonio Arquitectónico de Cataluña), sita en el paseo de Anselm Clavé de Sentmenat, número 75,<sup>35</sup> conocido popularmente por los lugareños como «la carretera». En este paseo, trazado en la última década del siglo XIX, que acabará convirtiéndose en la calle principal del pueblo, se levantan el edificio de la Sociedad Coral Obrera La Glòria Sentmenatenca y la fonda El Panorama, donde se alojan muchos veraneantes venidos de Barcelona. Otros, los más pudientes, como las familias del editor Gustavo Gili o de la propia Ana María (a quienes se sumaba, en una casa contigua, la familia de su tío Emilio, el barítono), elegían viviendas de alquiler que figuran entre las las notables del paseo.

En el desván de esta casa custodiaba Armando «una fabulosa colección de disecados coleópteros y lepidópteros, clavados en el fondo de unas cajas con tapas de cristal, con el currículum completo del bicho medio escrito en latín». También guardaba Armando en este desván los trenes de juguete que él mismo confeccionaba con «cajas de cerillas, latas de conserva, cartuchos vacíos, elásticos y alambres». Ana María no escatima los elogios en el retrato del hermano: admira su destreza asombrosa («tiene manos de ángel», escribe), sus inagotables recursos imaginativos, el arrojo con que se lanza a la aventura, su agilidad de lince y hasta «el mechón rebelde que le cae sobre la frente». Si no fuera porque Ana María es mujer de iniciativa, nos atreveríamos



Casa de veraneo de la familia Martínez Sagi en Sentmenat

a afirmar que parece dispuesta a seguir a su hermano, subyugada, hasta el mismísimo infierno; y, según nos cuenta en *Andanzas de la memoria*, en sus veraneos en Sentmenat al menos lo siguió hasta los parajes más escabrosos de los contornos, desde los barrancos inhóspitos a los pinares apretados donde el sol apenas penetra, desde los cañaverales acribillados de mosquitos a las rieras de cauce pedregoso que en verano apenas llevan agua.

A todos estos lugares van los dos hermanos en bicicleta, acompañados a veces por sus primos o por amigos del pueblo, todos ellos bajo las órdenes de Armando, que no se recata de llevarlos por los andurriales más impracticables. En cierta ocasión, se despeñarán por una cañada forrada de aulagas, ortigas y zarzas cuyo espesor amortigua el choque y los salva de una muerte cierta; pero, a cambio, tendrán que resignarse –después de reprimir el miedo y el asco– a que decenas de culebras se paseen por sus cuerpos maltrechos. Descalabrados, contusos y con algún tobillo dislocado, «con la misma pinta del San Sebastián lacerado de Berruguete», lograrán que los socorra un lugareño que pasa al cabo de las horas por el apartado paraje, un «hercúleo garajista» que los lleva de vuelta al pueblo en su camioneta. Y, para evitar la reprimenda materna, propalarán (por indicación de Armando, encargado de elaborar el embuste) que se han topado en la cañada, oculta entre la maleza, con una «bicha», prima hermana de los reptiles antediluvianos, a la que los lugareños imputan, de generación en generación, todas las sequías, partos malogrados y epidemias que se han abatido sobre Sentmenat desde tiempos inmemoriales. El relato de los niños es tan convincente, y su descripción de la bicha –mezcla de dragón y boa constrictor– tan vívida, que todos en el pueblo se tragan la invención; y Armando y Ana María se ganan una apacible semana de convalecencia, mientas curan sus arañazos y contusiones, mimados y besuqueados por todo el pueblo. Ana María, que se ha dejado la mitad del pelo prendido entre las zarzas, es autorizada al fin a cortarse las odiosas trenzas; y obtiene el regalo de una raqueta de tenis, que pronto habrá de convertirse en uno de sus deportes favoritos y más practicados. Mientras tanto Armando, «con el tobillo hecho cisco –escribe Ana María, rememorando la hazaña infantil–, recibe, bien arrellanado en la butaca reservada hasta entonces para las siestas maternas y las posaderas del párroco, un voluminoso libro de Historia Natural con láminas de colores, cantos y tafiletos dorados, además de unos zahones de cuero como los que usan los *cowboys* en Texas».<sup>36</sup>

Ese domingo, en la misa mayor, el rector de Sentmenat dedicará su sermón «millonario de metáforas y conclusiones contundentes» a la inmundicia «bicha»,

símbolo del pecado, que los dos hermanos, protegidos por su Ángel de la Guarda, hicieron retroceder hasta su cubil. Y Armando, que sirve la misa vestido de monaguillo y cojeando ostensiblemente, escucha arrobado la prédica, asintiendo a todas las insensateces que profiere el sacerdote. Cuando crezca, Armando no perderá el gusto por los embustes y las imposturas, tampoco la querencia por la aventura y el peligro.

En 1914, siete años después que Ana María, nacerá Berta, cuando doña Consuelo cuenta treinta y dos, una edad que para la época se considera ya «madura» y no exenta de complicaciones para la maternidad. El lapso de tiempo que media entre el nacimiento de Berta y el de sus hermanos propiciará que la benjamina se convierta –a diferencia de Ana María– en una hija muy deseada, seguramente concebida en alguno de aquellos viajes de recreo que José Martínez Tatxé organiza a cada poco, abandonando sus obligaciones al frente de sus negocios textiles, para distraer y «cambiar las ideas» de su esposa (o, dicho menos eufemísticamente, para espantarle los fantasmas de la melancolía y la depresión), según le habían aconsejado los médicos amigos de la familia. Berta se convertirá pronto en la favorita de la madre, que ve en ella el espejo en el que puede al fin contemplarse, tras las decepciones de Ana María (sobre la que, tras el rechazo inicial, irá acumulando agravios, hasta llegar a aborrecerla) y tal vez también de la primogénita Mari Pepa, que si bien es más dócil no acaba de reunir los rasgos de personalidad que doña Consuelo considera dignos de su stirpe.

No sabemos exactamente cuáles eran esos rasgos, aunque podemos imaginarlos. Durante nuestras conversaciones en Moià, Ana María los resumió, tal vez ofuscada por el despecho, en un ansia de posesión de bienes materiales, acompañada por prendas tales como la hipocresía, la vanidad y la superficialidad; un sinfín de lacras, en fin, que hemos de aceptar a beneficio de inventario, considerando que Ana María profesaba una aversión tenaz a su madre y a su hermana Berta, quienes –a veces por separado, a veces en comandita– le infligieron daños a mansalva.

## 1.5. Joan Gamper y el Fútbol Club Barcelona

PERO, entretanto, el nacimiento de Berta va a servir para que Ana María crezca más liberada de la vigilancia materna. Son los años en los que José Martínez Tatxé, a la sazón tesorero del Fútbol Club Barcelona, convoca muchos domingos,

después de los partidos en el campo de la calle de la Industria o (a partir de 1922) en Les Corts, banquetes pantagruélicos en su casa de la calle Bailén, a los que acuden directivos y jugadores del equipo. Ana María recordaba muy especialmente<sup>37</sup> entre los primeros a Agustí Bo (que acababa de colgar las botas como futbolista y con los años acabaría fundando el sindicato de periodistas deportivos), al fornido Vicente Reig Viñals (el presidente más efímero del club, que siempre llegaba a Bailén en bicicleta) y, sobre todo, a Joan Gamper, que lucía una enternecedora barriguita cervecera (importada de sus años suizos) y un mostacho de guías corniveletas, según la moda de la época. A Gamper se le iluminaban los ojillos reidores en cuanto veía a los niños de la casa, a quienes cogía en su regazo, alzaba en volandas y hacía carantoñas; y, por acompañarlos en sus juegos, hasta se revolcaba por el suelo (o sobre la loneta que el padre de Ana María extendía, para que no se lastimasen), del que luego –gajes de la gordura– le costaba levantarse. La amistad de Gamper y José Martínez Tatxé (que morirían aproximadamente por las mismas fechas, aunque por causas muy distintas, tras padecer ambos abultadas pérdidas en la crisis del año 29) era tan estrecha que, en más de una ocasión, el suizo pernoctó en la casa que la familia Martínez Sagi alquilaba durante sus veraneos en Sentmenat, en el Paseo de Anselm Clavé (todavía algunos lugareños de Sentmenat, para referirse a esta residencia veraniega, la llaman «la casa de Joan Gamper», según pudimos comprobar durante nuestra visita a esta localidad). Será el orondo presidente del Barça quien encargue el primer árbol de Navidad que se instala en el piso de la calle Bailén, un árbol fastuoso, incandescente de velas y con muchos regalos en derredor de su tronco que el propio Gamper repartirá entre Ana María y sus hermanos, palmoteando con regocijo mientras los niños desgarran lazos y envoltorios entre exclamaciones de pasmo y alborozo.

A los banquetes de los domingos en la calle Bailén, donde los canelones gratinados eran plato obligatorio, acuden también muchos futbolistas, hambrientos tras el partido que acaban de disputar. Los más asiduos –o los más recordados por Ana María– eran el centrocampista Agustín Sancho (que trabajaba como albañil y solía pedir a Martínez Tatxé unos céntimos, para coger el tranvía que lo llevaba hasta el campo de Les Corts), el «romperredes» Paulino Alcántara (máximo goleador histórico del Fútbol Club Barcelona hasta que Lionel Messi lo destronó) y el presumido y bravucón José Samitier (un «pincho», según definición de Ana María, que gustaba de pavonearse y exhibir automóviles caros), además, por supuesto, de su primo Emilio Sagi, el hijo del barítono Sagi Barba, que ocupaba

en aquel equipo mítico la posición de extremo izquierdo, llegando a convertirse en el mejor centrador de la época y en el primer especialista en lanzamiento de penaltis de la historia del Barça; y que en el terreno de juego se portaba siempre como un caballero, incapaz de cometer una falta. Una vez ventilados los canchales, los jugadores del Barça corrían a poner discos de moda en el gramófono, marca «La voz de su amo», que bailaban entre ellos (aunque alguno intentase que se sumasen al jolgorio las criadas de la casa), mientras el anfitrión departía con Gamper y los otros directivos, en largas sobremesas perfumadas (o atufadas) por el sahumero de los puros.<sup>38</sup> Era entonces, mientras los mayores conversaban acaloradamente y los jóvenes bailoteaban en derredor del gramófono, cuando Ana María y Armando requerían a su primo Emilio para que jugase con ellos un partido en el pasillo de la casa. «Recuerdo que yo hacía de portero –declarará Ana María, en una entrevista publicada muchos años después–; y como mis paradas no siempre se probaban eficaces, ni los “piscinazos” eran demasiado rápidos, de pronto oías un estruendo y, ¡paf!, la pelota se iba derecha a la mesa, y los platos, las copas y las vinagreras se hacían pedazos. Y eso cuando no me hacía un moratón en el ojo o no se me despellejaban las rodillas, y acababa el *match* llorando a lágrima viva».<sup>39</sup>



Emilio Sagi Liñán (Sagi-Barba),  
primo de Ana María

En aquellos partidos improvisados en el pasillo de la casa se forjaría la vocación balompédica de Armando, que llegaría a alinearse como extremo derecho en el Fútbol Club Barcelona, acompañando desde la banda opuesta a su primo. Pero, a diferencia de Emilio, Armando nunca conseguiría destacar por su calidad técnica, ni tampoco emular su caballerosidad y bonhomía. Y, aunque sólo llegase a vestirse la camiseta blaugrana en catorce partidos oficiales, su nombre sigue figurando todavía en los anales del club en un lugar destacado; pues Armando, según sus biografías oficiales (de cronología probablemente confusa), habría jugado su primer partido con apenas catorce años y seis meses, lo que lo convertiría en el debutante y goleador más precoz en la historia del Fútbol Club Barcelona. Luego jugaría en otros equipos de menor rango, como el Club Deportivo Júpiter, del barrio barcelonés de Poblenou, o en el Alfonso XIII Fútbol Club (luego Real Club Deportivo Mallorca), donde llegaría a ganar un campeonato de

Baleares, antes de colgar las botas en 1929. Para entonces, Armando había descubierto otro deporte más acorde con su temperamento bohemio y su propensión a la haraganería: el billar.

### 1.6. Otros miembros de la familia. Galería de criadas

EN EL *Cuaderno Lutèce*, Ana María evoca a otros muchos personajes que merodearon, como ángeles o demonios custodios, su infancia. Entre ellos, por ejemplo, a la «tieta» Anita, una prima de su padre a la que luego, en pago a sus muchos desvelos, doña Consuelo y Berta dejarán morir en un asilo (según la acusación siempre implacable de Ana María). La «tieta» Anita es la encargada de dirigir la casa cuando los padres se van de «viaje de recreo» para reavivar el rescoldo del amor conyugal y curar las acedias de doña Consuelo. La «tieta» Anita, según relata Ana María, es «un alma salida del limbo», una solterona bastante vieja ya por entonces, con los ojos saltones como los de un caballo, una verruga vellosa en la barbilla y una nariz muy abultada de cuyos agujeros brota un matojo de pelos mal cortados.<sup>40</sup> Camina muy trabajosamente por las habitaciones de la casa, bamboleando un culo del diámetro de una mesa camilla, mientras comprueba que las criadas han ejecutado debidamente sus tareas y las alecciona a cada poco: a una le recomienda que abrillante con pulpa de tomate los zapatos de color; a otra le reprocha que eche demasiado aceite en la ensalada o que hable muy descomedadamente con el carbonero cada vez que viene a surtir la casa con un nuevo saco de carbón; y a una tercera le arrebató malhumorada el plumero de la mano, para reparar las figuras de porcelana y los candelabros, los espejos y los cuadros en los que la criada deja que se amontone el polvo, por negligencia o despiste. Aunque su edad ya no sea propicia para estas coqueterías, la «tieta» Anita se ondula los cabellos cada vez más escasos con unas tenacillas de hierro que calienta al fuego y con las que, por impericia, acaba siempre quemándose la frente o las orejas (y como, para disimular las quemaduras, las recubre con polvos de arroz, termina pareciendo un adefesio). Después de comer, en lugar de sestar, la «tieta» Anita lee de arriba abajo *La Vanguardia*, sentada en un amplio butacón que a duras penas contiene sus caderas, reservándose para el final, con parsimonia y deleite, las esquelas; y, después de la merienda, se engolfa en sus labores de ganchillo, sin descuidar nunca –el rabillo del ojo avizor– los secretes de las criadas y los ajetreos de los niños, que sin embargo ya le han tomado las sobaqueras (aunque la

«tieta» se esfuerce inútilmente por parecer feroz). Antes de acostarse, se cerciora de que las llaves del agua y el gas estén cerradas; y cae en la cama derrengada, en medio del estrépito del somier, antes de ponerse a roncar de forma desaforada, para hilaridad de Ana María y Armando, que acaban roncando ellos también, por imitarla, hasta quedarse dormidos.

Otra presencia habitual en la casa de la calle Bailén es la de la abuela materna, doña Eugenia, que todos los jueves viene a comer con la familia, trayendo noticias frescas y triunfantes del hijo barítono, que le escribe profusamente desde todas las plazas en las que canta, allende el océano. Doña Eugenia huele a agua de colonia añeja y va siempre vestida de negro, en señal de sempiterna viudez, con unas sayas muy largas y amplias y una mantilla negra de encaje prendida con muchos alfileres que le cae en pliegues armoniosos desde la cabeza hasta la cintura; y sobre el pecho porta un dije con el retrato del hijo artista. Doña Eugenia tiene el pelo ondulado y blanco como la nieve y escruta con ojos maliciosos cuanto ocurre en su derredor. Nada pasa inadvertido a su observación, tampoco las asperezas y desplantes de su hija Consuelo al marido, por el que doña Eugenia siente predilección, tal vez porque le agradece su paciencia marital (y el yerno la corresponde en esta predilección, alegrándose mucho cada vez que doña Eugenia aparece por casa y dedicándole todo tipo de piropos y galanterías). Doña Eugenia reparte entre los niños pedazos de azúcar cande, les hace pajaritas de papel y escucha atentamente los ejercicios de piano que Mari Pepa ejecuta (también los de Ana María, a quien su madre ha apuntado a clases de música, con resultados mediocres), mientras embaula unos buñuelos de crema, que son su postre favorito, y bebe un refresco de agua de chufas con miel.<sup>41</sup>

Tanto los buñuelos como el refresco los ha preparado la cocinera Concha, una mujer gorda y bonachona, de piel oscura como «máscara de carnaval»<sup>42</sup> y cabello lustroso y negro como ala de cuervo, a quien Ana María dedica algunos pasajes muy coloristas en el *Cuaderno Lutèce*. Nacida en algún país tropical, cuando llega a la casa de la calle Bailén en busca de trabajo luce, a modo de pendientes, unas grandes argollas de oro en las orejas, y se cubre la cabeza con un pañuelo de colores chillones, a juego con una saya de percal con volantes y alamares rojos que le llegan hasta los pies, calzados con zapatos de charol de grandes hebillas, muy parecidos a los que entonces gastaban los obispos. Llega acompañada de una cotorra llamada Sandra, que alimenta con chocolate y cacahuets y se posa sobre su hombro cada vez que la llama. A doña Consuelo, por supuesto, le horroriza tener como cocinera a una salvaje inculta acompañada de un pajarraco



Ana María de luto, a los siete años, por la muerte de su abuela

que sobrevuela las cazuelas donde se guisan los platos que luego comerá; pero el padre de Ana María logra aplacar a su esposa, seducido por la risa ancha de Concha, que exhibe sus treinta y dos dientes más blancos que el requesón, como un oxímoron en su rostro atezado y arrebatadamente feo, y por su labia zalame-ra, trufada de expresiones como «vuesamersé» o «guayabito». Pero, a la postre, Concha demostrará que cocina como los ángeles, ganándose un lugar de honor en la servidumbre y hasta en el aprecio de doña Consuelo, que podrá desentenderse de la cocina, mientras Concha suda a chorros ante los fogones y bambolea su corpachón de ballenato, cantando a pleno pulmón canciones sandungueras de su lejana patria, pero también los estribillos sicalípticos popularizados por las tonadilleras de la época: «Tápame, tápame, tápame / que tengo frío. / Si tú quieres que te tape / ven aquí, cariño mío».<sup>43</sup>

Otra criada de la casa que dejará huella en la memoria de Ana María es la camarera Lucila, a la que destina sin recato su ojeriza, seguramente porque en las trifulcas y enfrentamientos que Ana María tiene con doña Consuelo siempre se

suma al enemigo. La describe como una «percha antipática y presumida»<sup>44</sup> que se pasea muy tiesa por las habitaciones y se detiene ante cuantos espejos se topa, para empolvase el rostro –es muy pecosa y tiene los cabellos bermejos– como un payaso. En su afán por ganarse la voluntad de doña Consuelo, Lucila no para de darle coba, ensalzando su belleza y su gusto indumentario; y doña Consuelo escucha su retahíla de halagos hipócritas con una suerte de hastiada complacencia, y de vez en cuando le regala alguna prenda que ella ya no quiere ponerse, por considerarla pasada de moda, aunque esté apenas usada. Como anda siempre muy erguida, a Lucila le cuesta mucho inclinarse para servir los platos; y no es del todo infrecuente que manche a los comensales. En cierta ocasión, al pasarle la fuente de la comida a doña Eugenia, la abuela de Ana María, para que se sirva, Lucila le derramará un poco de salsa sobre el vestido. Más tarde, al llenarle la copa, verterá también unas gotas de vino que le caen a la abuela en la mano. Doña Eugenia la mira muy seria y le pregunta si hace bien la digestión, a lo que Lucila, muy sorprendida, le responde que sí. «Me extraña, hija –comenta con sorna la anciana–, porque todas las personas que comen palos de telégrafo digieren con dificultad». La camarera todavía no alcanza a comprender y lanza miradas desconcertadas a los otros comensales, pensando tal vez que la vieja chochea. «Sí, hija, sí –insiste doña Eugenia–, palos de telégrafo he dicho. Si no hubieras tragado uno, podrías inclinarte para servir, con lo que correrías mucho menos riesgo de derramar la salsa y el vino; pero, con un poste en el estómago, no es de extrañar que te ocurran tamañas desventuras». La camarera –Ana María lo recuerda con fruición– se pone roja como un pimiento y se muerde los labios de rabia, mientras toda la familia celebra con risotadas la broma de doña Eugenia.<sup>45</sup>

Pero la inquina de Ana María hacia esta envarada Lucila no se explica tan sólo porque sea, de todas las criadas, la predilecta de doña Consuelo. Lucila es también una engreída detractora de la niñera Soledad, sin duda la mujer que Ana María recordará con más sincero afecto, entre todas las que arropan su infancia, y la única a la que con gusto podría haber llamado madre. Soledad ha nacido en la montaña y se ha dedicado, antes de cuidar de los niños de la familia Martínez Sagi, a guardar en su pueblo las vacas y llevarlas hasta el prado, para que pasten. No sabe leer ni escribir; y Lucila, que la considera una pazguata infeliz, la escarnea siempre que puede. Pero Soledad esconde sabidurías que no se guardan en los libros; y, acaso sin saberlo, va a despertar en la niña Ana María la vocación poética, narrándole mil fábulas escuchadas a los ancianos de su pueblo, allá en la montaña. Son muchos los pasajes del *Cuaderno Lutèce* dedicados a recordar

la figura maternal de Soledad, a quien seguramente doña Consuelo dio el mismo pago que a la «tieta» Anita:<sup>46</sup>

Aunque Lucila diga que es una ignorante, yo pienso precisamente lo contrario, porque conoce una infinidad de cosas extraordinarias que nadie sabe. Gracias a ella he aprendido de memoria el nombre de ciertas estrellas y distingo varias plantas y árboles. Conozco bien el lirio, la acacia, la hortensia, el sauce, el jazmín, el eucalipto y el abeto. Me ha contado una historia muy bonita sobre el sauce y otra sobre las gotas de cristal que resbalan a lo largo de los troncos de los árboles. Me ha dicho que son las lágrimas que los árboles lloran porque les cortan las ramas, que son sus propios brazos, y que si el sauce vuelca las suyas hacia el suelo es porque es un árbol presumido que siempre busca el agua, para verse reflejado en ella. Me ha dicho también que los luceros son las lámparas que Dios enciende para que los justos hallen el camino al cielo, y que cuando está nublado, y truena, y relampaguea, es porque Dios quiere hacer sentir su cólera a la humanidad pecadora, dejándola en tinieblas. Cuando las nubes velan por instantes la claridad del sol, le pregunto: «Y ahora, ¿qué ocurre?». «Ahora –afirma Soledad–, Dios mira a los malos». La nube pasa y el sol brilla de nuevo. «Ahora está observando a los buenos». Papá me ha explicado el otro día que en Inglaterra llueve siempre y apenas hay sol. Dios debe, pues, estar allí siempre mirando a los malos. «Naturalmente –interrumpe Soledad–, en aquel país casi toda la gente es mala, puesto que es protestante». «¿Y qué es un protestante?», le pregunto. «Es un ser que ha injuriado a la Virgen, Madre de Dios».

Otro día me contó la historia de ciertos animales y me acuerdo muy bien de lo que me dijo de la mariquita. La Virgen estaba pintando las alas de las mariposas y, al oír cómo se quejaba la mariquita de haber nacido tan insignificante, cogió el pincel y con pintura roja y negra le hizo adornos tan bellos que, aunque pequeña, se la ve ahora muy bien dondequiera que se encuentra. Y de la dama de noche, que cierra los pétalos por guardar el secreto de la princesa Golconda, y del castigo que sufrió la jirafa, siempre tan curiosa, atisbando a nuestros primeros padres detrás de los árboles del Paraíso... Y también la historia del Rey de los Perros, que envió un mensaje a Dios para quejarse del mal trato de los hombres, y el perro mensajero agarró el pergamino con la cola y no volvió jamás; y por eso hoy, cuando los chuchos se encuentran, se miran unos a otros bajo el rabo, buscando el mensaje perdido.

Es Soledad quien la lleva todos los días al parque donde juega con las niñas de un orfanato regentado por las «monjitas de los Pobres», para fastidio de doña

Consuelo, que le prohíbe estas promiscuidades;<sup>47</sup> y Soledad tendrá que obedecer resignada (pero Ana María acabará juntándose en muchas ocasiones, a lo largo de su vida, con esos «pobres piojosos» que la madre desdeña). Es también Soledad la que monta por primera vez a Ana María en un tranvía, donde muchos pasajeros la confunden con un niño, porque lleva el pelo corto;<sup>48</sup> y quien la saca de paseo por la Rambla abarrotada de gente, entre puestos de flores y de pájaros que gorjean hasta aturdira, entre gitanos que venden paraguas con las varillas torcidas y loteros que cantan estridentes el número agraciado con el gordo en el próximo sorteo de Navidad, entre mendigos que tocan la guitarra y limpiabotas que mascan y escupen tabaco sobre los zapatos de sus clientes, para darles mayor brillo.<sup>49</sup> Es también Soledad quien la lleva de la mano hasta la barraquita donde aguarda un escribano con antiparras, barba fluvial y una uña larga como un barquillo en el dedo meñique con la que se rasca delicadamente la cabeza y las orejas, dispuesto siempre a poner por escrito las cartas que le dicta su clientela analfabeta. «Soledad –escribe Ana María–, con mucha timidez, le dice poco más o menos lo que quiere contar a sus padres o al novio que dejó en el pueblo; y el escribano, con la nariz pegada al papel porque es corto de vista, y haciendo rechinar la pluma que no parece sino que escribe con lima, va llenando de una escritura con muchos arabescos y tirabuzones las dos páginas pedidas».<sup>50</sup> Luego, cuando ha concluido su dictado, Soledad se acordará de un sinfín de cosas olvidadas, para contrariedad del escribano, que tras añadir unas cuantas posdatas sucesivas lee la carta con mucha prosopopeya, antes de que Soledad le pague los cuarenta céntimos pactados. De vuelta a la calle Bailén, en el tranvía atestado que avanza entre el gentío dando campanillazos, mientras desfilan ante sus ojos atónitos los almacenes y tiendas de lujo, los teatros y cabarés con sus anuncios luminosos que se encienden y se apagan como por arte de magia, Ana María le promete a Soledad que, en cuanto aprenda a escribir, será ella quien le redacte las cartas, usando tinta roja, que es la que más sinceramente expresa el sentimiento, porque es del mismo color que la sangre que brota del corazón.

Todavía en sus *Andanzas de la memoria*, Ana María seguirá recordando agradecida, tal vez idealizando, a aquella Soledad encargada de su crianza que tantas veces suplió con creces el cariño materno que nunca recibió. Y el recuerdo de Soledad parece llevarla de la mano, en un ascenso hasta el cielo, lejos del barro donde chapotean las miserias humanas:<sup>51</sup>

Soledad, mi dulce refugio; ella, que da grandes rodeos por no pisar una hormiga; que cura el ala herida de la paloma torcaz y la pata quebrada del estornino

atolondrado; ella, que en las noches de tramontana deja de dormir, inquieta por el peral recién plantado; Soledad, al llegar la noche, murmura unas plegarias más largas que de costumbre, su mano entre las mías.

Cuando nos toca el turno de rezar a dúo la oración al Ángel de la Guarda, estoy ya casi dormida...

—... de la Guarda, dulce compañía, no nos abandones... ¿Para qué rezas tanto todas estas noches, Soledad?

—Para que tu mamá recobre la salud y la paz del espíritu.

Me incorporo en la cama, como picada por un áspid.

—¡Luego tú estás deseando que vuelva! —farfullo indignada—. ¡Con lo felices que éramos todos! ¡Tú la primera, no me lo niegues!

—¡Anda ya! ¡Sosíégate y acuéstate, criatura! Rezo también para que las borrascas y tempestades de septiembre, que llegan precedidas de lluvias y vendavales imponentes, estallen prematuras este año. A tu madre la ponen muy nerviosa; y, en este caso, prolongar su estancia al borde del Mediterráneo sería extraordinariamente benéfico para su salud...

—... dulce compañía, no nos abandones ni de noche ni de día. Guía nuestros pasos...

Me dormí.

• • •

A un remoto país, defendido por barreras de nubes irisadas, al que accedo trepando por un arco iris luminoso, me conduce mi Ángel de la Guarda, luego de haber ascendido por unas escaleras interminables, sobre cuyos peldaños mi largo camisón me hace dar violentos traspies... Pero al llegar arriba... ¡Oh! Soledad, al llegar arriba...

• • •

Todavía hoy, en el invierno de mi vida, sigo viendo en sueños aquel arco iris colgado de las nubes; aquellas escaleras superpuestas, sin fin. Continúo tropezando torpemente, perdiendo el pie...

Y en mi mano persiste, indestructible, el calor fiel de aquella mano amiga de Soledad...

¿Llegaría Ana María a escribir con tinta roja las cartas que Soledad dirigía a sus familiares, tal como le prometió después de acompañarla hasta aquella barraquita de la Rambla? Queremos pensar que sí. Pero antes tendrá que aprender a escribir; para lo que necesita ir a la escuela.